

*Aunque en el tomo segundo
de su manchego Quijote
no estarán mal como al trote
los llevan por este mundo
las ancas de "Rocinante"
o el burro de Sancho Panza.*

Preso el autor en la Cárcel Real de Sevilla en 1597, su primer propósito fué escribir un cuento o novela ejemplar de no más extensión que el «Rinconete y Cortadillo» que poco antes había trazado, el cual acabaría seguramente con el donoso escrutinio de la librería de don Quijote. Notó después que el asunto daba para una novela grande, trastornó el plan primigenio, creó el tipo de Sancho y fué añadiendo aventuras hasta formar un grueso volumen del corte de los libros de caballerías. Una sátira contra ellos debía parecerse a ellos; tuvo buen cuidado de advertir repetidas veces, con insistencia sospechosa, que su deseo no era otro que *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*, mas sea cual fuere el alcance que se dé a su intención y a pesar de los claros ataques de su prólogo, lo cierto es que la obra fué acogida como libro de mero entretenimiento. El mismo nos informa que por pasatiempo y templar sus melancolías y tristezas (las de su eterna mala suerte) lo cumpuso:

*Yo he dado en "Don Quijote" pasatiempo
al pecho melancólico y mohino
en qualquiera sazón, en todo tiempo,*

lo que hace escribir a un comentarista: *El no ver en su héroe las exquisitas sublimidades que vemos ahora, Cervantes era tan solo uno de tantos hombres de su tiempo. Don Quijote, para su autor y después para sus lectores, no fué durante el siglo XVII y una buena parte del XVIII sino un sujeto de claro talento, extraviado ridículamente por sus lecturas; lo mejor, lo más espiritual del héroe, su generoso altruismo, las delicadas excelencias de su alma, estaban en el libro, sí; pero su propio padre que las tenía por personalmente suyas, no acertó a verlas de todo en todo en su criatura, ni menos a aquilatarlas y ensalzarlas como era debido. Somos los lectores de todo el mundo los que, andando el tiempo y poco a poco hemos descubierto y revelado lo mejor del tesoro del gran libro de Cervantes, y en este sentido podría decirse que hemos colaborado con él y que, al aplaudir su obra, aplaudimos al par que la magnitud y nobilísima calidad del portentoso ingenio que la creó, el laudable esfuerzo con que entre todos, españoles y extranjeros, hemos logrado calar hasta su fondo y aquilatar su alcance y transcendencia; por esta causa, entre otras, el "Quijote" ha llegado a ser tan nuestro, tan de toda la humanidad culta, como del mismo Cervantes*

Los comentaristas son el diablo. Por lo visto, el genio no sabe lo que dice, es un hombre inconsciente que escribe a totas y a locas, ¡y los autores de obras geniales no se dan cuenta de lo que hacen! ¿Hay mayor absurdo? Bien que los lectores más o menos inmediatos o lejanos al autor no penetraran en todas las excelencias del libro; eso ha pasado con todas las obras maestras. Pero, ¿cómo el genio va a ignorar la fuerza de su poder? *Para mí sola nació don Quijote (decía Cervantes a su pluma) ¡y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno,* pero los comentaristas parecen decirle: *Vuestra merced, señor Miguel de Cervantes, no supo lo que escribió: la pluma corría sola sin que interviniera el cerebro; vuestra merced no acertó a ver*

Otra graciosa ilustración de una edición japonesa.

